

José Enrique
Ruiz-Domènec
Isabel
la Católica
o el yugo
del poder



Índice

Portada

Citas

Dedicatoria

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

NACIMIENTO

RECUERDOS FAMILIARES

METAMORFOSIS DE LA CULTURA

UNA NIÑA SIN PADRE

EN EL JARDÍN DE LAS DONCELLAS

UNA PAREJA REAL

MATERNIDAD

EL TRONO Y LA JUSTICIA

ALREDEDOR DE LA REINA

EMBLEMA Y LEMA

LA FUERZA DE LAS ARMAS

A LA SOMBRA DE LA INQUISICIÓN

EL PARAÍSO EN GUERRA

LAS JOYAS DE LA REINA

EL ENVÉS DE LA TRAMA

LA CIUDAD DE LAS DAMAS

LAS ESTRELLAS DEL CAPITÁN

MÁTER DOLOROSA

RETRATOS

UN JUICIO PERSONAL

EL MUNDO QUE DEJÓ

NOTA AL LECTOR
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Nunca mais amarei quen não possa viver
Sempre,
Porque eu amei como se fossen eternos
A glória, a luz e o brilho do teu ser,
Amei-te em verdade e transparência
E nem sequer me resta a tua ausência,
És um rosto de nojo e negação
E eu fecho os olhos para não te ver.*

Nunca mais servirei senhor que possa morrer.

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

Todos los años, con cada escritor nuevo, cambia la opinión de qué es lo que constituye el bienestar de la humanidad, de modo que lo que en un momento parece bueno, diez años después parece malo y viceversa. En la historia encontramos en el mismo momento, puntos de vista completamente opuestos sobre lo bueno y lo malo.

LEÓN TOLSTOI

Cada nueva generación debe volver a escribir la historia a su manera; cada nuevo historiador no contento con dar respuestas nuevas a viejas preguntas, debe revisar las preguntas mismas.

R. G. COLLINWOOD

A la memoria de Lola, mi madre, una mujer granadina de muchas generaciones, cuyos sabios comentarios eran una verdadera crónica de la cultura y de la historia de Granada.

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

La primera edición de este libro se publicó en 2004 coincidiendo con el quinto centenario del fallecimiento de la reina Isabel en Medina del Campo el 26 de noviembre de 1504. Era una época prometedora para España. Reinaba el optimismo y la esperanza entre la población pese al efecto social del atentado del 11 de marzo en la madrileña estación de Atocha. La prosperidad dio paso a líderes dispuestos a establecer un orden de prioridades y a tomar decisiones, aunque fuesen controvertidas. Un nuevo presidente del Gobierno se ofreció para acometer la tarea. Era un hombre joven que rezumaba una inusual seguridad en sí mismo, cualidad generalmente privativa de la clase alta, lo que no era su caso. Adelantó que España disfrutaba de oportunidades que raras veces se brindan a un país. Su figura dejó una impronta tan personal que no es posible referirse a esos años sin mencionar su nombre. Paralelamente a su febril actividad política, el presidente del Gobierno fomentó entre sus colaboradores la necesidad de crear las bases de una nueva concepción de la memoria histórica que, entre otros objetivos, replanteara la imagen de las figuras relevantes del pasado, la reina Isabel entre ellas, sobre todo tras observarse que muchas publicaciones vinculadas a las conmemoraciones del quinto centenario habían consolidado el mito nacional de la Reina Católica según los modelos antiguos fraguados en el *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*, de Diego Clemencín, un libro de 1821.

Lo que traté de hacer en este libro fue cuestionar las categorías convencionales que han construido la imagen de la reina sin renunciar al importante principio de que la historia es una disciplina narrativa; ocuparme de detalles que se habían pasado por alto, y utilizar puntos de vista deliberadamente renovadores en la línea que había aplicado en el estudio de la caballería del siglo XV, como, por ejemplo, profundizar en el yo de un personaje sin necesidad de recurrir, como se suele hacer, a la psicología freudiana. Cuando lo tuve terminado y lo envié al editor, pensé que podía ser un ejemplo de cómo se podía pensar la reina Isabel lejos de los marcos creados por los responsables de los actos conmemorativos, de cómo escribir abierta y libremente (tal era el espíritu de esos años) sobre episodios de la vida de esta mujer incómodos, incluso irritantes, para la sensibilidad humanística de muchos de sus coetáneos. Poco después comprobé que no estaba solo en la tarea. El hispanista francés Joseph Pérez en el libro *Isabel la Católica*, publicado por la Universidad de Granada en 2007, profundizó en la ingeniería de las tradiciones y el modelo de nación atribuido a esta reina con la intención de conocer los motivos que le indujeron a crear la Inquisición y a expulsar a los judíos. En su opinión esa «manera de concebir las cosas era la de un régimen en el que la unidad orgánica del cuerpo social precedía a la unidad espiritual y de la comunidad de la fe»; una idea fuera de tiempo, ya que en 1517, apenas trece años después de su muerte, «la Reforma introdujo el pluralismo en las creencias religiosas y la cristiandad se dividió en confesiones rivales». Con el libro de Pérez quedó claro la importante carga política que llega a tener el hecho de decidir qué versión queremos tener de la España de los Reyes Católicos y, sobre todo, el tipo de historia que acompaña a esta decisión: algunos libros de éxito (el de Manuel Fernández Álvarez en Espasa, por citar uno relevante) desa-

rrollan una admiración acrítica sobre la reina Isabel, fundamento de una ilusión sobre la identidad nacional alcanzada por su obra política. En este caso, y en otros parecidos, el pasado se refunde con unos fragmentos que se imbrican en la imagen que la memoria social tiene del personaje y su tiempo, creando la historia que le apetece leer al gran público. Y lo que había empezado siendo la celebración del quinto centenario de la muerte de una reina se convirtió en la defensa de la identidad nacional española. Isabel fue en este sentido la quintaesencia de las virtudes y las posibilidades de una cultura que, al cabo, forjó un imperio atlántico tras los viajes de Colón, calificados de «descubrimiento de América». Sin embargo, cuando esas ideas llegaban a la sociedad en pleno cambio de valores, la figura de la reina no parecía un modelo de conducta ejemplar sino que se percibía, al menos en algunos territorios y en algunos sectores sociales, como una víctima de la historia que ella misma había contribuido a crear, de sus propios errores, de su intolerancia ante el otro. Las exposiciones conmemorativas se entendieron por muchos españoles de esos años como la nostálgica recreación neorromántica de una gloria pasada que quizás convenía reivindicar para consolidar una idea de España que era cuestionada a fondo por gran parte de la población, incluido (y no era poco) el propio presidente del Gobierno.

De repente, en 2008, se puso fin al período esperanzador y progresista al descubrir los ejecutores de la política social y cultural que los cambios impulsados eran mucho más difíciles de realizar de lo que ellos esperaban y deseaban. Se dio paso a una atmósfera dominada por la paradoja: el talante optimista necesario para promover las reformas necesarias, entre otras fijar la memoria histórica española, quedó varado por la falta de recursos, lo que le dio la razón a quienes pensaban que esas ideas superaban con

creces la capacidad de cambio de la sociedad en un breve período de tiempo. De modo que la crisis económica se convirtió en España en un conflicto intelectual, en parte debido a la interpretación que se había hecho del pasado con motivo de las celebraciones del quinto centenario de la muerte de la reina Isabel. Volvían los viejos modelos de enfrentamiento, Cataluña contra Madrid, el catalanismo político contra la idea de España fraguada en tiempos de los Reyes Católicos, o las denuncias sobre los procesos inquisitoriales encabezados por Torquemada y sus seguidores. El interés de estos modelos no radica solamente en describir las diferentes posturas ideológicas en España entre 2004 y 2011, sino más bien en ilustrar unas actitudes mentales y unas percepciones del mundo que terminarían por afectar a la agenda política del país.

A mediados de 2012, se llegó a una difícil encrucijada: no se tenía claro si se debía utilizar la memoria o la historia en la recuperación del pasado. Es una actitud característica de los períodos de transición (que siempre son cortos), en los que las indecisiones se explican como problemas a resolver. Con el paso del tiempo, a medida que las promesas de abordar con seriedad este importante asunto quedaron incumplidas (por el cambio en el color político del Gobierno, según opinión generalizada), la confusión entre memoria e historia a la hora de recuperar el pasado se hizo más palpable, más dolorosa y más frustrante.

Un rasgo de especial interés social relacionado con la confusión entre la memoria y la historia a la hora de recuperar el pasado atañe al trasfondo cultural de una serie de televisión referida a la reina Isabel. El éxito de David Starkey en el Reino Unido con *Monarchy*, su serie sobre los reyes británicos, espoleó al ente público Televisión Española a programar una serie dedicada expresamente a la reina Isabel, cuya primera entrega tuvo lugar el 10 de septiembre

de 2012. La audiencia obtenida se explica porque el país transitaba por una fase acrítica sobre la forma de representar el pasado. Tras la aparición de una ficción con su innegable derecho a fantasear, la serie de televisión adopta una postura a favor de la memoria y en contra de la historia. Citaré solamente un ejemplo revelador. Para ilustrar el momento de la toma de Granada, los responsables de la serie decidieron recrear literalmente el cuadro historicista de Francisco Pradilla: esta insólita experimentación cultural socava literalmente las principales vías de investigación sobre la España de los Reyes Católicos, ya que reconstruye el pasado «inventado» en el siglo XIX para «reinventar» en el siglo XXI una realidad del siglo XV. Es el recurso a la memoria social española que sostuvo la Restauración canovista (el cuadro es de 1882) para consolidar la España del siglo XV como una «comunidad imaginaria», para decirlo al modo de Benedict Anderson. La insistencia en que la ficción permite estas licencias inhibe el debate acerca de la invención de la tradición que está en la base de estas decisiones. La promesa incesante de ofrecer simple diversión cinematográfica, pese a su carácter nada realista, mantiene el talante que prima la memoria sobre la historia, ocultando los dilemas de la investigación histórica en nombre de una admiración sin límites por la audiencia. Pero lo que deja claro esta serie de televisión es que la memoria social forjada en el romanticismo y el posromanticismo no es ni de lejos la aproximación al pasado que se propone desde la historia. Sólo en un ambiente de confusión surgido de la ley de memoria histórica puede sostenerse que la memoria puede hacer las veces de la historia. Está claro que, al menos desde los días de Ramón Menéndez Pidal y Rafael Altamira, la historia de la España de los Reyes Católicos y la memoria sobre ella son cosas distintas. Hoy es un lugar común, salvo para los responsables de la serie, que se jactan en los medios de

comunicación de que su propuesta reproduce la realidad de la época recreada hasta en un noventa por ciento. La ignorancia es a menudo audaz. En suma, en lo concerniente a la serie sobre la reina Isabel, no cabe duda de que allí hay una ingeniería de las tradicionales, no un intento de recrear la realidad del siglo xv.

La memoria histórica colectiva tal como se asume en esta serie de televisión afecta principalmente a la imagen de la reina Isabel como mujer. Participa de un entramado interpretativo del todo fraudulento que mira la historia de las mujeres del siglo xv como la historia de una larga sumisión a los poderes patriarcales, donde la excepción confirma la regla. Isabel se convierte así a en una figura excepcional, porque sus grandes gestos no son habituales en su época. La verdad de lo que sabemos de las mujeres del siglo xv resulta irrelevante. A una figura histórica recreada en la televisión se le exige dramatismo, posición en la escena, no precisión a su tiempo histórico: el personaje debe ser admirado, codiciado y —si uno se esfuerza lo suficiente— debatido. En caso límite, se puede tener algo parecido a una heroína del celuloide como explicación de una personalidad singular, casi única. Eso no es cierto por lo que sabemos de las mujeres de aquella época, incluso de las mujeres que rodearon a la reina; pensemos por ejemplo en su pariente Isabel de Villena, la distinguida escritora valenciana, y en tantas otras. En el aterrador período para el conocimiento del pasado en el que vivimos, el rigor histórico no constituye una preocupación social ni un objetivo político, pese a lo pregonado desde las instituciones públicas. Las mentiras intencionadas sustituyen las explicaciones coherentes del pasado. Al cabo, la conciencia de que algo va mal se asienta en el hecho de que desde la universidad hasta el último centro educativo se ha abandonado una línea narrativa comprensible por un conjunto caótico de análisis parciales

con la etiqueta de «científicas» que contribuyen al descrédito social del oficio del historiador. Así, el pasado es materia de la novela histórica o de las series de televisión. Pero siempre es posible un último esfuerzo, la responsabilidad moral que induce al historiador a ofrecer una lectura del pasado con la intención de contribuir a la recuperación del nivel formativo del público consumidor de historia.

Desde la retrospectiva de hoy, 2014, puedo apreciar que con este libro de 2004 quise mostrar que la reina Isabel no fue necesariamente como nos habían enseñado a verla en los manuales escolares. Las manifestaciones conmemorativas reflejaron en pureza ese hecho, por lo demás bastante frecuente y demasiado extendido para que lo dejemos de lado, ya que los encargados de llevarlas a cabo se ven de un modo u otro obligados a contar verdades a medias o incluso a silenciar aspectos políticamente incorrectos, a veces con la mejor de las intenciones, pero otras veces no. Me propuse un esbozo de una narrativa histórica renovada para ofrecer un conocimiento ajustado de la personalidad de la reina en la construcción del pasado español. Lo hice convencido (mucho más lo estoy hoy) de la necesidad de que el ciudadano cuente con un mapa mental sobre una de los personajes más singulares de la historia, una mujer que influyó decisivamente en la sucesión de acontecimientos que llevaron a las sociedades de la Península Ibérica (el argumento vale también para Portugal) de una concepción de la gobernanza procedente de las doctrinas políticas medievales a una que bien se puede calificar de moderna. Para hacer comprender esta importante cuestión del tránsito del siglo XV al XVI me propuse describir lo que ocurrió, en qué orden y con qué resultado, siempre desde la perspectiva de una mujer que superaba su no confesada inseguridad con brotes de genio. Nunca traté de utilizar la reina Isabel para

unos fines del presente. El «presentismo» me parece uno de los principales defectos de algunos modelos actuales de hacer historia que los aleja de aquello que es estricta y rigurosamente su propósito: interpretar el pasado. Me moví entonces en la convicción de que aún era posible en nuestro país una historia para leer y que el mercado de este tipo de libros está íntimamente relacionado con el porvenir de la sociedad abierta, hasta el punto que puede establecerse una máxima: cuantos más libros se publiquen menos posibilidades hay de un cierre de la mente. Mi reto fue hablar de la verdad del personaje, o si se prefiere, haciendo uso de la habitual cesión «post», de *mi* verdad, mediante la narración de numerosos episodios que le abren una ventana al lector actual sobre la reina Isabel y su tiempo.

Jacksonville, Florida, mayo de 2014.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Este libro no es una biografía de Isabel la Católica; ya se han escrito muchas, y muy bien. Es una semblanza. Mi propósito es acercarme a las preocupaciones, a los sentimientos, a los deseos de una mujer de hace quinientos años que fue reina de Castilla; verla como ella se vio a sí misma. Para hacerlo me he fijado en los detalles íntimos de su carácter y de su educación, cuyas huellas sin embargo han sido difíciles de rastrear en los documentos y en las crónicas de aquel tiempo; y mucho más al no tener diarios ni relatos autobiográficos con los que seguir el lento desarrollo desde la infancia hasta la vejez. Creo que la forma narrativa es el procedimiento adecuado para subsanar esos problemas. Este nuevo método histórico permite un acercamiento más real al mundo de la vida de una mujer del siglo XV y un canon perfectamente adaptado para comprender un personaje que ha marcado la memoria colectiva de todo un país.

Por supuesto, la peor losa para realizar este trabajo ha sido el simbolismo inherente a las evocaciones de la unidad nacional; no resulta fácil combinar la pasión *camp* de la cultura española, tan pródiga en artefactos patrios, con la investigación imparcial y la agudeza. La caricatura es la cara menos deseable del artificio al que ha sido sometida Isabel; la cursilería, el aspecto bufo. Ambos cumplen una misión: la máscara creada en torno a la reina católica oculta las injusticias que ella realizó en nombre de la justicia.